

REVISTA DE ALBACETE

PERIÓDICO CIENTÍFICO, LITERARIO Y POLÍTICO

SE PUBLICA LOS DÍAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES

DIRECTOR: D. MANUEL ALCAZAR Y GONZALEZ.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

En la Capital 50 céntimos de peseta al mes.—Fuera 1'50 pesetas trimestre (pago anticipado).

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN.

Calle de San Agustín, números 18 y 20, principal, donde se dirigirá toda la correspondencia.

Á LA HUMANIDAD

¡Pobre humanidad!

Cuán ciega caminas á tu total ruina, á tu retroceso, fascinada, seducida por tu reconocido adelanto intelectual.

Tu vapor

Tu electricidad

Tu dirección á los globos y cuantos adelantos modernos ha descubierto el presente siglo, de nada te valdrán sinó para estacionarte, que es el principio del retroceso.

Has olvidado sin duda en tu ceguedad, mejor dicho, en tu orgullo, que para tu adelantamiento completo no basta que avances por el sendero intelectual, puesto que esto solamente ha de servirte de antorcha que ilumine y guíe tus pasos por la verdadera senda del progreso que es la vía moral.

Esta es la que por fuerza has de recorrer en todas sus etapas, sinó hoy mañana, y en la que menos has fijado tu mirada porque es la que menos ha alhagado tus sentidos.

No te negaré que algo has avanzado moralmente, pero á tu vez, razonando lógicamente, reconocerás que este avance ha sido relativamente muy corto con el que has obtenido intelectualmente.

Sabido es por demás que el mejoramiento de nuestro globo consiste en el destierro del mismo de ese roedor gusano social que con su impuro aliento corrompe cuanto toca y al que conocemos con el nombre de egoísmo.

De su fétido aliento nacen la avaricia, el orgullo, el despotismo, la hipocresía y cuantos dragones infernales te rodean hoy, ha-

ciendo que no se alargue aún más la escala de tus imperfecciones que te aleja de Dios tanto más cuanto mayor sea el número de éstas.

¡Oh!, no me puedes negar, humanidad, que casi en general el egoísmo más refinado es el que se alberga en tu seno y que amantándolo en el mismo, clava en tí cada día un emponzoñado dardo, poniéndote en tan anormal estado, que á pesar de tu adelantamiento intelectual, teniendo ojos nada ves, y teniendo oídos nada oyes.

En mi mente se representa al escribir estas frases el argumento de tu conciencia; es decir, de lo que tú crees que es tu conciencia, pero que no es otra cosa que la fascinación producida en todo tu sér por el genio malévolos, por el espíritu del mal; él te grita, te ordena desdeñes estos razonamientos que te parecerán rudos porque son hijos de la Verdad, de esa brillante luz que ha sido, es y será la encargada, no lo dudes, de iluminarte mostrándote á las claras la ruta que has de seguir para conseguir tu perfección.

¿Podrás negarme, humanidad, que hoy para tí, con cortísimas excepciones, tu Dios, tu ídolo, tu todo, es el oro, por el cual te arrastras por el lodo, humillándote y cometiendo mil bajezas ante la para tí su omnimoda magestad?

No; no puedes negarlo.

Has creído, como á cada momento oigo repetir á tus labios *que la caridad bien ordenada empieza por tí mismo* y esto te hace ser cada día más egoísta, más avara y tan cruel que consientas que en tu seno haya víctimas

retorciéndose presas de agudo dolor en el espinoso campo de las privaciones, mientras en tus arcas atesoras el codiciado oro, y en tus suntuosos domicilios reconcentras todas las comodidades conocidas, donde poder dar rienda suelta al completísimo goce de cuanto pueda alhagar tus sentidos.

Modera tu rápida marcha por la senda que hoy caminas, que aún es tiempo de que, reconociéndote tú misma, comprendas que la verdadera civilización la conseguirás avanzando por la vía moral otro tanto, lo cual conseguirás con suma facilidad y pasmosa rapidez practicando la caridad, pero en toda su verdadera acepción, es decir, haciendo completa abnegación de tí misma en provecho de tus semejantes, en hacer el bien por el bien mismo, y que sobre todo tengas muy presente que para acercarte á Dios has de dirigirte por el camino de la Ciencia, en el cual te reconozco notable adelanto, pero caminando á la vez por el de la caridad, puesto que ésta es la llave de las puertas de la perfección, el alfange poderoso y vencedor, cuya cortante cuchilla, templada en las efúviales aguas de la excelsa Magestad de ese Dios á quien has reemplazado con tu oro, cortará su odiosa cabeza al egoísmo que te seduce, que te subyuga, que te fascina hasta el punto de hacerte creer que tienes omnímodo poderío por las riquezas que sin cesar acumulas cuando no eres más que un pobre juguete del arsenal de pasiones en que el egoísmo impera y que es el yugo con que logra unírte, sin tú apenas notarlo, al carro de sus impurezas.

Yo, pobre y humilde pigmeo, te dirijo mi pobre voz desde estas columnas, persuadido de que la forma no es nada, que el pensamiento lo es todo, y que como lógica consecuencia de esto podrás vencerme en la forma al refutarme mis razones; pero en el todo, en el pensamiento, no, puesto que tu reconocido adelanto intelectual conocerá bien pronto que mis razonamientos están basados en buena moral, en aquéllas máximas divinas que fueron poderosamente sancionadas con la sangre derramada en el Gólgota por nuestro maestro, por el hombre Dios, que con su humildad, con su desinterés y con su ejemplo

nos mostró el camino que seguir debíamos en nuestro viaje en esta vida.

En un castizo y científico discurso sobre los *Términos primordiales del problema social contemporáneo*, leído por el Sr. D. Carlos María Perier, el año 1885, en la Junta pública de la Real Academia de Ciencias morales y políticas, se ha dicho entre infinidad de verdades inconcusas: *Creció la materia y el movimiento. Ha de crecer la moral y su acción.*

Urge, urge ver claro. El vigor moral, que hállase decaído, ha de rehacerse, por el lado de la Ciencia, por el de la política, por el de las costumbres, por el del arte, por todos lados.

¡Á cuánto se prestan estas verdades!

Sí, á mucho; lo dicho por el Sr. Perier en su grandioso discurso es la verdad; la moral por desgracia se halla en un estado de decaimiento tan grande, que asemejándose á gangrenada úlcera mataría de seguro la sociedad actual sinó se le aplica un fuerte remedio, y este si ha de surtir efecto no debe hacerse aguardar ni un solo momento, porque de otro modo podría llegar tarde.

Existe un medicamento preciosísimo; un verdadero elixir de la vida social; remedio santo que curaría radicalmente el terrible mal que hoy tiene invadido casi por completo todo el cuerpo social.

¿Quieres saberlo?

Pues escucha; hé aquí su sencillísima receta.

Oposición decisiva de los buenos contra los malos.

¿Quieres saber cómo se llegaría á obtener con seguridad este tu salvador medicamento?

Si sabéis que la unión constituye la fuerza, uníos los buenos y vencereis, porque has de saber que es en tí una notoria cobardía, un padrón de ignominia, de baldón, de deshonor, de vergüenza, el que con la tan cacareada ilustración de nuestro siglo, se consienta que la virtud ande descalza, mientras el vicio en su soberbia carroza la atropella en su camino.

Si no os decidís á formar vuestra sublime carroza contra el vicio, quitaos el calificativo de buenos que con notoria injusticia os aplicais.

Para ser buenos por completo, de todo

punto os es necesario no dejaros vencer por los malos; luchad decididos contra ellos, hasta sumirlos en el eterno cementerio del olvido; no consintáis en cuanto os fuera posible que sobre la superficie de la tierra sople ni aún la más ligera brisa del mal.

No me preguntéis como conseguireis la victoria, puesto que sabéis llevareis la mejor parte en la lucha, puesto que las armas que contra el malo habéis de esgrimir han de ser las evangélicas de la humildad, de la caridad sin límites hasta para vuestros enemigos que al asestar las suyas, ya ha largo tiempo melladas por el vicio no podrán horadar vuestras morales corazas ante cuya virtud impenetrable serán inútiles cuantas os asestaren.

Tiempo ha que en el pensamiento de la humanidad se hallan grabadas las palabras siguientes: *moralizad é instruid* y hé aquí demostrado tan sólo con esto lo que más necesitamos hoy practicar para conseguir en breve tiempo victoria completa en toda la línea de la gran batalla que desde la creación del Universo vienen sosteniendo los buenos contra los malos; en dichas dos palabras queda resuelto el problema de la perfección humana, porque á la verdad, debemos sentar como inconcusa verdad que sin moral se aniquila la existencia de los pueblos, sin instrucción no pueden conocerse los saludables efectos de la moral.

No me cansaría de repetir que la obligación de los hombres de bien es esforzarse por que su nación adelante moral é intelectualmente, porque cuando este adelanto llegue á su apogeo los pueblos practicarán entre sí la caridad, como los hombres entre ellos, y entonces podremos asegurar que en todas partes la base de la Ley humana será la Ley de Dios, sonando entonces en el reloj de los tiempos la hora en que todos vivirán felices y en paz.

Ahora bien, reconocido el notabilísimo adelanto de la humanidad en inteligencia en el presente siglo, preciso es que haciendo un supremo esfuerzo, adelante otro tanto en moral puesto que si bien en esta vía hay que confesar se adelanta también no lo es tanto como debiera ser en relación con la inteligencia, así es que hasta que [no desterremos de nuestra

sociedad los innumerables vicios que hoy la aquejan, hasta que todos los hombres no vivamos como hermanos practicando entre nosotros la verdadera caridad no seremos más que pueblos más ó menos ilustrados y no habremos recorrido más que una bien corta etapa de la civilización.

JOSÉ COLLADO Y GARCÍA.

UN SUICIDIO

I

Margarita tenía 28 años, treinta mil duros de renta y un soberbio palacio en la calle de San Bernardo.

Viuda del Marqués de Tauste, que falleció dos años después de haber contraído matrimonio, Margarita carecía de familia, y era una de las mujeres más hermosas de la villa coronada. Sus trenes y sus trajes llamaban la atención en el paseo del Retiro y en el teatro Real, de donde parecía ser la única soberana.

Margarita era alta, nerviosa, morena como una hija de la poética Andalucía; sus cabellos negros, peinados en figura de concha sobre la parte superior de su artística cabeza, dábanle gran semejanza con aquellas estatuas griegas que el genio de Phidias esculpió en mármol pentélico para admiración de los siglos. Sus labios rojos parecían un estuche de terciopelo carmesí que encerraba dos diademas de perlas de admirable orientación, y su talle redondo y esbelto se cimbreaba dulcemente cuando la bella marquesa andaba, lánguida como una mujer de la oriental Damasco.

El palacio de Margarita era suntuoso. Salas adornadas con cuadros de un valor incalculable, con muebles del siglo xv y xvi, tapicerías de los Gobelinos y porcelanas de Sévres y del Japón.

Cuanto pudiera idear la soñadora imaginación de Galland hallábase dentro de aquellos muros, mansión de placer en cuyo seno reinaba una hada que era la admiración de los salones aristocráticos y la envidia de las mujeres cortesananas.

Margarita estaba sentada en una butaca de terciopelo azul, cerca de la chimenea, y sos-

teniendo con la palma de la mano su cabeza.

—Esta vida me cansa, exclamó, después de un ligero silencio; bailes, teatros, carreras, paseos, y siempre lo mismo, igual monotonía siempre... Un ejambre de estúpidos adoradores me cerca sin cesar, deslizándose en mis oídos las mismas palabras de amor y de admiración... ¡Qué fastidio...! Esto no se puede sufrir; me muero de hastío... ¡Cuánto tarda Edmundo...! añadió mirando el reloj que estaba sobre el mármol de la chimenea.

No habrían trascurrido cinco minutos, cuando se abrió una puerta y apareció un joven rubio, elegante y dotado de una belleza varonil nada común.

—Te prometí venir, dijo el joven, y ya ves que cumplo al pie de la letra mi palabra.

La marquesa habíase puesto en pie y tendido una mano al recién llegado.

—Gracias, amigo mío, repuso; acaso tú seas el único que consigue disipar mi indolencia por algunos momentos, comunicándome esa actividad que yo creo sólo es peculiar en tí.

—¡Aburrirse una mujer tan hermosa como tú!

—Pues qué, ¿las mujeres favorecidas especialmente por la naturaleza no son susceptibles de aburrimiento?

—No; porque ¿quién se había admirando lo bello...?

—Ciertamente que nadie.

—Pues entonces contéplate á tí misma en un espejo, y se disipará tu mal humor como nube de verano arrebatada por el viento.

Margarita se inclinó sonriendo, y murmuró para sí:

—Siempre galante; nunca enamorado.

II

Edmundo había sido el amigo íntimo, el consejero del difunto Marqués de Tauste, y por eso trataba á la marquesa con la franqueza de una entrañable amistad, no exenta de respeto.

Jamás pasó por su imaginación el más lascivo deseo, ni abrigó en su alma la más leve pasión por la esposa de su amigo.

Circunspecto en sus relaciones y en sus pa-

labras, nunca dió margen al más ligero reproche; antes por el contrario, habíase captado las simpatías del joven matrimonio con su acostumbrada franqueza y eterno buen humor.

Margarita hacía tiempo que estaba enamorada de Edmundo; pero ni siquiera se lo dió á entender con una sola mirada, no obstante su estado libre y ser una mujer joven y hermosa.

Si Edmundo asistía al teatro, allí estaba Margarita; si á un baile, la joven marquesa era de las primeras que llegaban.

Y sin embargo, Edmundo jamás conoció la persecución de que era objeto.

Una noche que ambos bailaban en una de las principales casas de la corte, Margarita se atrevió á preguntarle sonriendo:

—¿Cuándo te casas, Edmundo...?

—Pronto, contestó el joven.

—¿Quién es ella?

—Te ruego que no intentes saberlo... Es mi secreto.

—¿Me amará Edmundo? se dijo Margarita con alegría?

Después, mudando de expresión, añadió con desaliento:

—Si me amara, ya me lo hubiera dicho. Su indiferencia fría me desespera.

Desde aquel momento Margarita procuró hacer ostentación de sus riquezas, exhibiendo trajes y joyas de gran valor.

En todas partes se hablaba de los vestidos y de los diamantes de la Marquesa de Tauste.

—Esa mujer se ha vuelto loca, decían algunos.

—Está derrochando su fortuna, replicaban otros.

Y por do quiera menudeaban los más extraños comentarios acerca de Margarita.

Sólo Edmundo permanecía indiferente á todo lo que bullía y se agitaba á su alrededor.

El lujo deslumbrador de Margarita no le produjo la más pequeña impresión.

Así trascurrieron seis años; Margarita cada vez más enamorada de Edmundo, y éste más indiferente que nunca.

Como ignoraba el cariño que hacia él sentía la joven, en muchas ocasiones despedazó su corazón inconscientemente con el relato

de amores y devaneos pasajeros, cada uno de los cuales era un dardo que se clavaba en el pecho de Margarita.

Ella mostrábase solítita con él, y tratábale como á un niño mimado, fundándose para hacerlo así en su antigua é inquebrantable amistad.

—Esas tus bondades, de que me considero indigno, me confunden y sonrojan, exclamaba Edmundo estrechando con cariño las manos de la marquesa.

—No me lo agradezcas, decía ella. Mi esposo te quería con toda el alma y al morir dejóme por herencia su amor hacia tí.

—Gracias, Margarita, gracias; ya sé que me adoras como al mejor de tus hermanos.

—¡Ay, Dios...! balbuceaba ella para sí. Y también como al mejor de mis amantes.

III

Como el tiempo trascurría veloz, Edmundo se hizo la reflexión siguiente, fumando un rico habano y contemplando las espirales azules de humo que se descomponían en el éter atmosférico.

—Pues, señor, tengo treinta y seis años, voy haciéndome viejo y necesito casarme... Pero ¿con quién...? *Ecco il problema...* No he amado á ninguna mujer, y sospecho que en lo sucesivo no cometeré la tontería de enamorarme de alguna de esas hijas de Eva, hinchadas de vanidad y con humo sólo en la cabeza... Es más; creo que tampoco ellas habrán fijado su vista en este infeliz, solitario en medio del mundo... En su consecuencia, fallo que debo contraer matrimonio, para que no queden perdidos ni mi apellido ni mi fortuna.

Al decir esto, Edmundo salió de su casa con objeto de hacer varias visitas.

Por la noche, cuando regresó, entraba diciendo:

—Albricias, Edmundo; ya has encontrado tu media naranja en la hija del Barón de Covarrubias, linda niña que, aunque de menos edad que tú, endulzará los días postreros de tu existencia con más almibar de la que puede hacer Prats en veinte años.

El joven se acostó pensando en su futura, y al poco rato dormía profundamente.

No le sucedía lo mismo á Margarita, quien, reclinada en su butaca al lado de la chimenea, repasaba en su imaginación la lista interminable de los que habian pretendido su mano.

—Me parece que ya todo ha concluido para mí, decía. Mi rostro va perdiendo su pureza y mis cabellos se encanecen paulatinamente... Los que antes me asediaban con sus obsequios, hoy me miran como se mira una ruina gloriosa... Y Edmundo, siempre igual. Galante, obsequioso; pero ni una palabra de amor se desprende de sus labios... Yo, en cambio, le amo con pasión, con verdadera locura.

Un año después Edmundo fué á casa de la marquesa.

—¿Sabes lo que sucede? exclamó con infantil alegría.

—Lo ignoro.

—Pues, decididamente, me caso.

—¿Tú...? ¿Y con quién...?

—Esta vez te lo diré sin ambages ni rodeos... asómbrate... con la hija del Barón de Covarrubias.

Margarita sintió una terrible opresión en el pecho, sus sienes abrasaban y una palidez cadavérica se extendió por su rostro.

Después de un momento de angustioso silencio, le dijo:

—¡Ah...! Sí, ya recuerdo... Es hermosa, muy hermosa...

La intensidad de su padecimiento moral impedíale expresar las palabras que en confuso tropel acudían á sus labios.

—¡Oh...! Sí, replicó Edmundo; es una niña hermosísima á quien profeso mucha estimación por las relevantes cualidades que la adornan.

—Celebraré que seas feliz con ella, *amigo* Edmundo, balbuceó Margarita tristemente.

—Me lo dices de una manera...

—No, no... La verdad, lo que siento; ya sabes que te quiero mucho, mucho.

—Sí, ya lo sé; dices bien Margarita, hemos sido verdaderos hermanos y continuaremos siéndolo... Porque no creo que mi matrimonio sea obstáculo para que nos amemos.

—Sí, Edmundo, es un obstáculo insuperable.

- ¿Por qué...?
 —Dirán... dirán que soy tu...
 —No, imposible...
 —Sí, Edmundo; y si no lo dicen lo pensarán, que es lo mismo.
 —Repito...
 —Son inútiles cuantos razonamientos expongas en tu apoyo... El marido se debe sólo á su mujer.

IV

—¡Qué lástima! decía algunos días después Edmundo á su esposa. El caballo que montaba Margarita se desbocó y fué á estrellarse con su preciosa carga contra las alturas de la Castellana... ¡Pobre Margarita!

- ¡Qué buena era...!
 —Me amaba como á un hermano.

R. HERNÁNDEZ Y BERMUDEZ.

REVISTA POLÍTICA.

EXTERIOR

No creemos se tache de aventuradas nuestras afirmaciones si aseguramos que pueden ya considerarse como aprobados los proyectos de Gladstone sobre Irlanda; y para ello nos fundamos en un detalle muy significativo, en que las oposiciones no han hecho nada en estos días de clausura de la Cámara, para agitar la opinión en contra de aquéllas.

Allí, en aquel país afortunado, donde todo se fia al triunfo de la opinión pública, el no acudir á ella es reconocer que se ha pronunciado en sentido contrario.

Bien es verdad que la actitud del pueblo londnense, el día que Gladstone presentó sus proyectos, no daba lugar á dudas.

Admirable espectáculo el que ofrecía una masa inmensa de gente sufriendo una lluvia torrencial y descubriéndose respetuosamente ante el paso de un anciano, que en su mano llevaba la libertad y redención de un pueblo. Para encontrar otro semejante es necesario remontarse á aquéllos hermosos días de la revolución francesa de que ya la nobleza renunciaba á sus derechos en aras del patriotismo ó ya la Cámara decretaba la abolición de la esclavitud en las colonias.

* *

En la edad media, sobre todo en las festividades de Semana Santa, era muy frecuente que exaltadas las pasiones del pueblo católico ante el re-

cuerdo de la pasión del Cristo, cerrase con los judíos, asaltase el barrio donde moraban, saquease sus casas y asesinase á todo el que no podía huir prontamente.

Esto, que al parecer se hacia *ad majorem Dei gloriam* y edificación de sus fieles, en el fondo no era más que una explosión de malas pasiones, sobre todo de envidia, de aquélla sociedad tan ignorante como devota, que no comprendiendo la importancia del ahorro, de la asociación y del manejo de grandes capitales (en lo que tan versados estaban los judíos) no se explicaba cómo un pueblo maldecido por Dios se hacia rico, mientras que los verdaderos cristianos, que pasaban casi todo el día en las iglesias, yacían en la miseria.

De aquí que á la persecución y matanza seguía el saqueo y la proscripción, y como consecuencia la despoblación y la ruina de los mismos perseguidores, que sufrían la falta de capitales que desaparecían con la expulsión de los judíos que iban á enriquecer otras comarcas donde el Cristianismo se entendiera de una manera más racional y humana.

No creemos que el autor del libro *La Francia judía* se haya propuesto ni intentado siquiera que en su nación se reproduzcan semejantes brutalidades, pero es muy significativo que haya señalado á la curiosidad pública las riquezas de muchos banqueros judíos y no haya hecho lo mismo con los que profesan otras ideas religiosas.

Es verdad que su esfuerzo resultaría estéril: hace ya muchos años que en Rusia y Turquía, los dos países más atrasados de Europa, ocurrieron persecuciones religiosas: la primera quedó bien castigada en los perjuicios que sufrió con la emigración de gran número de familias israelitas, y la segunda tuvo que sufrir una intervención europea, que le enseñó á no reproducir las atrocidades del Líbano.

En el libro que hemos citado se ponen de manifiesto los medios poco lícitos en que muchos banqueros judíos se han hecho ricos: pero acaso los banqueros católicos son más escrupulosos? Allí se denuncian complicidades criminales con hombres de Gobierno para hacer jugadas escandalosas: pero no sucede lo mismo no sólo en Francia sinó en otras naciones con los banqueros que no son judíos?

Repase Mr. Deumont el periódico *El Progreso* y leerá el que una dama sofocando el sentimiento de que debía estar poseída participaba á un banquero de París la muerte de D. Alfonso, con la que hizo una jugada de bolsa que le valió algunos millones.

Pretender juzgar hoy de la conducta social de cada uno por sus opiniones religiosas es el mayor de los absurdos; querer que la idea religiosa influya en la sociedad como en la edad media, un imposible.

La sociedad se preocupa mucho del estudio de cuestiones filosóficas, de partidos políticos y problemas sociales, pero apenas hace alto en las manifestaciones religiosas, que en último resultado en nada han de mejorar su situación material.

*
**

Con razón Telleyrand exigía poco celo á sus subordinados, pues sabía las peligrosas consecuencias que puede traer un celo poco discreto: no pequeños para la paz europea han podido tener la presentación de las escuadras europeas ante el Pireo, cuando ya el Ministerio gregio había aceptado la mediación francesa: ante este alarde de fuerza el pueblo pedía indignado la guerra, costando no pequeño esfuerzo á las autoridades evitar que las tropas griegas atacasen á las otomanas.

INTERIOR

Vano empeño es el de los periódicos monárquicos querer quitar importancia al banquete que en París han celebrado varios hombres importantes de las Repúblicas sud-americanas y al que ha sido invitado nuestro querido amigo Sr. Ruiz Zorrilla.

En París hay muchos españoles afiliados á distintos partidos políticos y sin embargo sólo ha merecido este honor el Sr. Zorrilla. ¿Por qué esto? Pues la explicación es bien sencilla.

La política de la monarquía en América no es la más á propósito para conquistarnos allí las mayores simpatías; con la mayor parte de las Repúblicas sud-americanas no tenemos tratado de comercio y con las que tenemos sus condiciones están de manera que resultan poco menos que inútiles: buena prueba de ello es Venezuela, que se ha visto en la precisión de recargar los derechos de entrada á nuestros vinos, porque hemos hecho lo mismo con sus cacaos, resultando ya casi muerto nuestro comercio con aquella República.

Pues D. Manuel Ruiz Zorrilla representa precisamente lo contrario: no ya tratados de comercio de ventajas recíprocas, sino una confederación de todas las repúblicas sud-americanas con la República española, que estrechando las relaciones de todas ellas con la madre patria, vengamos á constituir una nación unida por los vínculos, no del absolutismo, sino de la libertad.

Por eso se festejó al Sr. Ruiz Zorrilla y no se invitó al Sr. Albareda, á pesar de que aquel es un pobre desterrado y éste el embajador de España, pero de la España monárquica, que no es la que aman aquéllos distinguidos americanos.

*
**

Ya se ha pronunciado en Consejo de Ministros la frase sacramental de política de resistencia, y nos-

otros preguntamos: ¿Á quién van á resistir? ¿Á la opinión pública? ¿Á la ley á cuyo abrigo se hace la propaganda republicana? No lo sabemos; lo cierto es que son incomprensibles estos fusionistas; alardean de que han abierto las puertas de la legalidad y cuando en virtud de ella se hacen manifestaciones republicanas tan imponentes como las que se han verificado en Barcelona durante la estancia de nuestros ilustres correligionarios Figuerola y Salmorón, ya se arrepienten de su conducta, sin conocer que el día que quieran seguir otra irremisiblemente tienen que dejar el puesto al partido conservador. Pero con partido fusionista y con partido conservador la legalidad de la propaganda republicana es innegable: está consignada implícitamente en el Código penal y garantida por la independencia del más alto tribunal de la nación.

Y es natural, el Código penal vigente es de la época de la revolución y está inspirado en sus ideas: por eso era el interés que el Sr. Silvela tenía en que se aprobase su proyecto, con el que de seguro no habría la libertad que hoy existe.

*
**

La preocupación y el disgusto que en altas esferas ha producido el número de diputados republicanos triunfantes y la activa propaganda que se despliega, se ha reflejado en la elección de senadores: los pocos que en representación de la coalición republicana luchaban, han tenido que retirarse ante las violencias á que se entregaban los representantes del poder público.

*
**

En la desenfadada reacción que gobernó á España durante los años de 1867 y 1868 los llamados mozos de escudre en Cataluña cometieron impunemente todo género de tropelías con todos los que profesaban ideas liberales, llevando su saña hasta el punto de dar muerte al llamado Noy de las Barraquetas, persona de gran valor personal y de mucho partido en la montaña de Cataluña.

No sabemos lo ocurrido con motivo de la muerte violenta dada al republicano Sr. González Egea en Ciudad-Real, al que se le achacaban planes revolucionarios: las escasas noticias que tenemos nos inducen á creer que no hubo lucha por parte del Egea, ni motivo alguno para que se hiciese fuego contra él: esperamos que se haga luz sobre este suceso en bien de todos y en especial de los que han tomado parte en él.

RÉGULO.

SECCIÓN DE ANUNCIOS.

IMPRESA Y LIBRERÍA

DE

DON SEBASTIAN RUIZ,

CALLE MAYOR, NÚM. 47.

En esta casa se encuentran de venta entre otras muchas, las obras siguientes:

Tratado de patología y terapéutica de las enfermedades internas para profesores y alumnos, por Adolfo Strümpell, traducido del Alemán por el doctor don José Madera, y un prólogo del doctor don Bartolomé Robert, el cuaderno, 2'50 pesetas.

¡Huérfano!, por J. González Forte, 2'50 pesetas.

La Mujer y el Amor, manojos de flores y espinas del jardín femenino, una peseta.

Historia popular de la Marina de Guerra española, 3 pesetas tomo.

El Confesonario (satiriosis) novela médico-social (segunda parte de *El Cura*), por Eduardo López Vago, 3 pesetas.

La Riverita, novela de costumbres, por Armando Palacio Valdés, 2 tomos, 6 pesetas.

Después del combate (relación contemporánea), por Federico Urrecha y un prólogo de J. Ortega Munilla, 3 pesetas.

¡Hijo mío! por Salvador Farina, versión castellana de María de la Peña, ilustrada por J. Gómez Soler, último tomo publicado por la Biblioteca de Artes y Letras

Cortesana y Duquesa, por Xavier Montepin, versión española por Joaquín Escudero, 2 pesetas.

BIBLIOTECA UNIVERSAL, Colección de los mejores autores antiguos y modernos, nacionales y extranjeros, á 50 céntimos.

BIBLIOTECA SELECTA, á 50 céntimos.

Estudios jurídicos, sociales y financieros, por José Sánchez Vilchez, doctor en derecho y académico, á 3'50 pesetas.

Diccionario Ortográfico etimológico español, por don José María Doce, á 5 pesetas.

Códigos de España, colección completa de los Códigos antiguos desde el Fuero Juzgo hasta la Novísima Recopilación, por Alcubilla, dos tomos, 25 pesetas.

Las Carreras, científicas, literarias y artísticas de España, estudios, gastos y porvenir que ofrecen, por Marcelino Oca, 6.^a edición, 3'50 pesetas.

Guía de la Contribución industrial, por Eusebio Freixá, 2'50 pesetas.

Ley de Enjuiciamiento criminal, 5 pesetas.

OBRAS DE JULIO VERNE.—*El Archipiélago de fuego*, última publicación de este célebre autor, dos tomos, 2 pesetas.

Los Héroes del trabajo, por Gaston Tissandier, obra ilustrada con grabados, traducida al castellano y considerablemente aumentada con notas, por el doctor don Joaquín Olmedilla y Puig, médico farmacéutico, licenciado en Ciencias, catedrático y autor de varias obras, etc., 6 pesetas.

La mejor parte, por León de Tinseau, obra premiada por la Academia francesa, 2 pesetas.

La Heredera (los millones del señor Joramie), por Emilio Siehebourg, 2 pesetas.

El crimen de Grandvale (los millones del señor Joramie), por el mismo autor, 2 pesetas.

Una historia sencilla, por María Pilar Sinués, 2 pesetas.

La Matrona, por Xavier Montepin, 2 pesetas.

OBRAS NUEVAS

En la Librería de Don Sebastián Ruiz, se hallan de venta las siguientes:

La Ilustre figuranta, por José M. Matheu, 4 pesetas.

La Baronesa de Worms, por Xavier Montepin, 2 pesetas.

El Capitán Femor, memorias de un viaje de exploración por *El Sahara*, por A. L. Rosso, 2'50 pesetas.

La Democracia y su porvenir social y religioso, por Mr. Guilbert, versión castellana por Eloy Perillán y Buxó con prólogo de D. Emilio Castelar, 2 pesetas.

Almanaque del Maestro para 1886, por Cegama 2'25 pesetas.

Páginas de Otoño, dedicadas á S. M. el Rey, por Don Joaquín de Roa y Erostarbe, 1 peseta.

Las Gemelas, por E. Segovia Rocaberti, 1 peseta.

Pelos y señales, por el Bachiller Juan de Lima, 1 peseta.

Anuario del Toreo de 1886, 1'25 pesetas.

El Individuo contra el Estado, por Herbert Spencer, 2 pesetas.

La Monja, (tercera parte de *El Cura*) por Eduardo López Bago, 3 pesetas.

Una Araña Parisien, (las tragedias de París,) por Xavier de Montepin, 2 pesetas.

Los Millones, por Julio Claretie, 3 pesetas.

El patio andaluz, cuadros de costumbres por Salvador Rueda, 2 pesetas.

Pipá, por Clarín (Leopoldo Alas), 4 pesetas.

El Tuciturno, novela por Don Eduardo Gómez Sigura, 4 pesetas.

La Balija rota, por el mismo autor, 4 pesetas.

E C O S

DE

UN PENSAMIENTO LIBRE

POESÍAS DE

ANTONIO R. GARCIA VAO

con un prólogo de

DEMÓFILO.

Acaba de publicarse este ameno libro y se encuentra de venta en la Administración de *Las Dominicales del libre pensamiento*, Madera, 51, 2.^o, Madrid, al precio de 1,25 pesetas ejemplar.

Para los suscritores de la REVISTA DE ALBACETE UNA peseta.